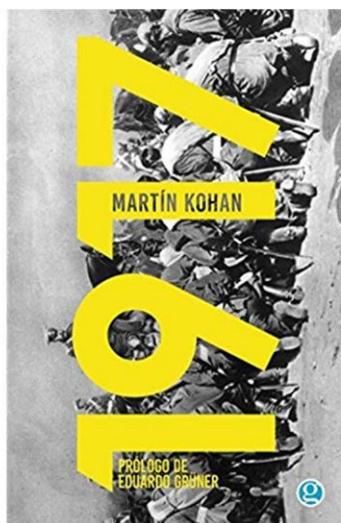

SOBRE 1917, DE MARTÍN KOHAN

Carlos Walker
Universidad de Buenos Aires
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas
carloswalker8@gmail.com



∞

1917, de Martín Kohan; Buenos Aires: Godot, 2017; 92 pp.; ISBN: 978-987-4086-30-3.

Quizá una de las tretas más certeras a la hora de condensar elocuencia en pocos caracteres sea la de cobijarse en las evocaciones suscitadas por un año capital. Más aún, cuando esos cuatro números llegan a la cita con el presente en el momento preciso, justo cuando la cifra actual llama a redoblar el gesto de la conmemoración. Aquí, los números redondos llevan la delantera, y si por ventura el paquete trae centenas el aniversario gana en renombre y espectacularidad. Así fue como cien años después de la Revolución de Octubre, Martín Kohan publicó *1917*. La ola memorial del centenario trajo, desde luego, una serie de manifestaciones que revisitaron la gesta soviética en coloquios, exposiciones, ciclos de cine, obras de teatro, homenajes, conciertos, libros, revistas, entre otras maneras de hacer presente su historia.

Sin embargo, el ensayo de Kohan se muestra decidido a no condescender a la monumentalidad del acontecimiento que en 1917 quebró y modificó el curso de la historia. En este



sentido, el desarrollo del libro procura decepcionar lo anunciado por su título y subrayado por el momento de su publicación. Lo hace, principalmente, mediante la articulación de dos vías complementarias que, con el paso de las páginas, se revelan a su vez como dos series de ocultamientos que articulan los distintos capítulos del libro. De modo esquemático, una tiene que ver con los vínculos entre los episodios a los que alude el libro y la fecha que le da título, la otra, con el objeto de reflexión principal que recorre el ensayo. Así las cosas, lo que sigue se ordena a partir de estas series con el objetivo de ofrecer un panorama general del libro.

Antes de entregar el detalle de una y otra serie, vale la pena detenerse en el comienzo de 1917, pues allí se plantea una idea que, con distintas inflexiones, hace las veces de punto de anclaje del conjunto. La primera parte, titulada “Incomprensión”, recupera una anécdota sobre la publicación en 1872 del primer tomo de *El capital* en Rusia: la expresa negativa del aparato de censura del zar a iniciar una persecución judicial que prohibiera la circulación del libro. *El capital* no habría sido censurado en Rusia tanto por su carácter científico como por la dificultad de sus postulados; ambos hacían prever que su contenido no fuese fácilmente comprensible. El margen de incomprensión supuesto por el censor, afirma Kohan, abre una perspectiva problemática que podría servir incluso para escribir una historia de las respuestas a ese dilema que considere, por ejemplo, a Lenin, a Gramsci, a la Escuela de Frankfurt, a Althusser y a Balibar. La amplitud de este problema se extendería hasta nuestros días, y es en esta perspectiva donde se condensa la dificultad temporal por la que discurre el texto de Kohan: “Lo que más nos afecta de esa historia, puestos a pensarla, es que no ha terminado todavía” (22).

Pero, ¿de qué historia se trata? Por lo pronto, de las circunstancias de publicación de *El capital* y de la incomprensión de sus fundamentos anticipada por el funcionario del zar, también de la historia de las derivas de la incomprensión en el marxismo y, por añadidura, de la historia de todo aquello que aglutina el año que da nombre al libro. Así, los distintos episodios que recorren 1917 hacen parte a su vez de la misma historia. Una historia, se afirma, que dado que nos afecta no se ha clausurado. Una historia, entonces, de la que somos contemporáneos.

Esta afirmación le da un marco a todo lo que viene después. Se trata de prolongaciones de 1917, es decir, de sus distintas duraciones. ¿Cuánto dura 1917?, o incluso, ¿cuánto dura lo contemporáneo? He aquí dos versiones de una misma pregunta que hace las veces de centro de este ensayo, y cuyas derivas se ofrecen como respuestas a esta problemática de cariz temporal.

Lo que más arriba he llamado series de ocultamiento encuentran en esta superposición de tiempos uno de sus puntos de partida más evidentes. En este sentido, se podría decir que la primera serie decepciona al horizonte de expectativas abierto por el título del libro, al menos en lo referido a uno de sus aspectos más literales: hablar de los sucesos de 1917. Como corolario de lo anterior, se puede anotar la escueta extensión del ensayo –descontando el prólogo de Eduardo Grüner, no pasa de las 70 páginas–, pues los libros sobre años-umbrales suelen replicar su grandeza en el número de páginas. La operación, como veremos, tiene consecuencias críticas productivas que se despliegan a lo largo de todo el texto. Por lo pronto, una síntesis descriptiva del libro ayuda a precisar el asunto: 1917 está compuesto por breves capítulos donde se alude a unos cuantos episodios de la historia del marxismo. Kohan recurre a escenas menores, a anécdotas tras bambalinas, a detalles cotidianos, para desarrollar su argumento. Ahí están los apuntes sobre la relación de Lenin con sus secretarías, sobre la de Trotsky con su guardaespaldas, o los fragmentos de las cartas que Gramsci dirige a sus hijos desde la cárcel, o las plumas inglesas y los lápices de grafito que Lenin solicita a sus familiares desde el exilio y la prisión respectivamente. Son pequeños

relatos en los que Kohan va insertando preguntas y comentarios con los que da forma a su lectura, de los que el mentado año hace las veces de discreto telón de fondo.

El ocultamiento, entonces, reside en esa suerte de discreción al que son confinados los hechos fechados en 1917. De modo accesorio, el autor evita justificar el título del libro y aludir a las derivas que podrían extraerse de la medida de tiempo que éste constituye. Por otro lado, el único capítulo dedicado a los eventos del 17 entrega elementos específicos del velado al que es sometido ese año. En esas páginas, Kohan se centra en las *Cartas desde la Revolución Bolchevique* de Jacques Sadoul, agregado militar de Francia en San Petersburgo durante la Primera Guerra mundial. Se interesa en las cartas de Sadoul no tanto por los hechos de los que dan cuenta, sino sobre todo por la posición desde la que escribe: extranjero con ideas socialistas, aunque crítico de los bolcheviques; hombre de convicciones, pero permeable a los sucesos que le tocó presenciar de cerca; renuente a las loas, pero atento a los cambios sociales llevados adelante por los bolcheviques; un funcionario contrariado, que escribe sus cartas de madrugada, al calor de los hechos y a las corridas, aprovechando el acceso que tenía a los líderes de la revolución. En suma, las dudas de Sadoul ante las vicisitudes de los sucesos, y por ende su aislamiento, concentran el interés del ensayista: “Para narrar una revolución, sobre todo mientras está transcurriendo, puede que sea la mejor colocación. Aunque hablar de descolocación sería más atinado y justo” (31). Para Kohan, ese lugar desfasado desde el que Sadoul escribe sus cartas permite calibrar “el poder de irradiación que asume la Revolución de Octubre” (29).

La operación realizada sobre 1917 encuentra una de sus singularidades críticas si se la hace dialogar con las características generales de otros libros que abordan años decisivos de la historia. Menciono al pasar dos de ellos a modo de ejemplo: el 1789 de Jean Starobinski y el 1968 de Ana Longoni y Mariano Mestman. Si bien con distintas tesituras, ambos comparten con el libro de Kohan la particularidad de estar dedicados a años clave, y cuyos hechos decisivos les permiten evitar una interrogación sobre las dificultades historiográficas que plantea la restricción a un año calendario. El estudio de un gran año, podríamos concluir tentativamente, puede prescindir de problemas temporales o de periodizaciones históricas, pues estos años generan la ilusión de entregar leyes generales para comprender el cambio histórico. Sin embargo, 1917 da un paso más al prescindir de los acontecimientos que determinaron la relevancia de 1917. Un año tan grande, parece sugerir Kohan, que conviene hacerlo brillar por su ausencia o, lo que es lo mismo, mediante la expresión de sus múltiples duraciones. La dificultad temporal, lejos de ser evitada, gana en protagonismo. La ya mencionada persistencia de ese año, esa “historia que no ha terminado todavía”, se superpone con las contemporaneidades de 1917 que irradian hacia el pasado y hacia el futuro una vez que la Revolución de Octubre tiene lugar. En este punto, vale la pena anotar que el arco cronológico de los hechos recopilados en 1917 va desde 1872 hasta el día de 1940 en que la sangre de Trotski “salpicó las últimas páginas que había escrito para una biografía de Stalin” (58).

La segunda serie de ocultamientos, a diferencia de la primera, va mostrándose de a poco y recién en las últimas páginas se afirma decididamente, incitando así a leer todo el ensayo desde esta perspectiva: 1917 se revela como un ejercicio crítico para pensar la literatura. La “descolocación” de Sadoul, se transforma hacia el final del libro en una fórmula que aspira a dar sentido a la posición del escritor a partir de dos anécdotas: Lenin reprochando a Máximo Gorki su cercanía con los intelectuales pequeño burgueses de San Petersburgo, e instándolo a vivir más cerca de él; Trotski echando a André Breton del auto que compartían en México, alejándolo de él. Se trata de historias que expresan “una distancia, un desencuentro” (90) entre los líderes revolucionarios y los

escritores. De ahí el interés que tienen estas anécdotas para Kohan, pues condensan ese “punto en el que un escritor queda fuera de lugar: en la ciudad que no le conviene o en el auto que no le corresponde. Ese fuera de lugar es su lugar: su manera de estar en el mundo” (91).

Desde esta óptica se puede volver sobre el conjunto del ensayo y, si se quiere, interrogar los modos en que ese “fuera de lugar” (así se titula la última novela de Kohan) se manifiesta en las distintas escrituras que practica su autor. En cuanto a 1917, esta inquietud se escenifica en varias anécdotas, que de una u otra manera dan pie a reflexiones sobre la escritura. Por supuesto, y como no se trata de un año cualquiera, las observaciones se vuelcan sobre las relaciones, siempre inquietadas, entre literatura y política. Para muestra, un botón. Ante la muerte de Lenin en 1924, Maiakovski “compuso en verso un futuro para él” (43). Esta circunstancia deriva en una tentativa de diferenciar las palabras políticas de las literarias. Los efectos de la palabra de Lenin sobre el obrero –celebrados por Maiakovski en sus versos– son “instantáneos”, “inmediatos”. En cambio, la literatura, “incluso la revolucionaria, la de agitación, la de compromiso, ¿qué otra cosa es, sino espera?” (44). Lo social en el arte, zanja Kohan, no puede ser inmediato, dilatado, moroso, depende de distintas mediaciones: “la conciencia, las formas artísticas, la institución-arte, las propias palabras” (44). La literatura llega tarde, a destiempo. La literatura, por más que lo intente, no puede ser contemporánea.

El desfase temporal que Kohan le adjudica a la palabra literaria se corresponde con la descolocación de la escritura que recorre los distintos fragmentos de 1917. O, lo que es lo mismo, el “fuera de lugar” es también, aquí, un fuera de tiempo, una dificultad de la palabra escrita para ir con su tiempo.

Ahora bien, tenemos un libro sobre un año específico que apenas habla de ese año, y por esa vía explora algunas contemporaneidades de 1917. En este marco, el “fuera de lugar” de la literatura es concebido como un modo de escribir lo político, cuyo destiempo dibuja un modo de ser contemporáneo. El tiempo entonces, y no la forma, como estrategia para volver a pensar la política de la literatura.